

PRELUDIO

Windwir es una ciudad de papel y túnica y piedra.

Se encoge cerca de un río caudaloso de lentas corrientes que serpentea al borde de las Tierras Conocidas. Debe su nombre a un poeta metido a papa, el primero del Nuevo Mundo. Un pueblo en un bosque que se convirtió en el centro del mundo. Sede de la orden androfracense y su gran biblioteca. Cuna de un sinfín de maravillas, tanto científicas como mágicas.

Uno de estos prodigios lo observa todo desde lo más alto.

Es un pájaro metálico que se recorta contra el cielo azul, centella dorada que refleja la luz del sol del atardecer. El pájaro vuela en círculos y aguarda.

Cuando abajo se entonan las primeras notas de la canción, el ave dorada ve extenderse la melodía. Una sombra se cierne sobre la ciudad. La atmósfera se estanca. Las figuras diminutas se detienen y levantan la vista. Una bandada de pájaros alza el vuelo y se dispersa. El cielo se abre y la lluvia cae hasta sumirlo todo en una absoluta oscuridad. Negrura. Calor.

El calor alcanza al ave, y hace que ésta se adentre en el cielo. Se pone en marcha un engranaje; las alas compensan la brusquedad del gesto, pero cierra los ojos cuando pasa por su lado una nube negra y ondulante.

La ciudad aúlla y después suspira siete veces, y cuando se extingue el séptimo suspiro la luz del sol regresa fugaz a la tierra abrasada. La llanura está renegrida, los chapiteles y las murallas y las torres se han fundido en los cráteres que han dejado los sótanos derruidos bajo la huella de la Desolación. Pergeñado por la antigua magia de la sangre, un bosque de huesos se alza en la humeante llanura.

La oscuridad engulle de nuevo la luz cuando una columna de humo y ceniza emborrona el sol. Finalmente el pájaro dorado vuela en dirección suroeste.

Supera con soltura al resto de las aves, que baten furiosas sus alas humeantes en el viento ardiente. Llevan mensajes atados a la pata con cintas blancas, rojas o negras.

Centelleante, entre ruidos metálicos, el pájaro dorado sobrevuela a gran velocidad el paisaje y sueña con la jaula que lo aguarda.

CAPÍTULO 1

RUDOLFO

El viento barrió el Mar de Hierba perseguido por Rudolfo, que reía y cabalgaba inclinado en la silla a la cabeza de sus exploradores gitanos. El sol poniente salpicaba la hierba de resplandeciente luz, y los caballos entonaban su cántico a golpe de casco.

Rudolfo saboreó el amplio mar de hierba amarilla que no sólo separaba entre sí las casas del Bosque Nuevepliegues, sino también del resto de las Tierras Conocidas: estar en ese mar era como tomarse un respiro en el cumplimiento del deber, igual que debió de haberlo sido estar en los océanos para los señores navegantes de los tiempos pretéritos. Espoleó su corcel con una sonrisa.

Había disfrutado de un buen rato en Glimmerglam, su primera casa del bosque. Rudolfo había llegado antes de que rompiese el alba. Había desayunado queso de cabra y pan de grano integral, todo ello regado con vino de pera helado, bajo un palio púrpura que simbolizaba la justicia. Mientras desayunaba, aprovechó para atender las peticiones que el mayordomo de Glimmerglam le fue presentando, mientras uno a uno circulaban ante él los criminales apresados a lo largo del mes. Gracias a que se sentía particularmente benévolo condenó a dos ladrones a servir durante dos años a los tenderos a quienes habían robado, mientras que el único asesino de los presentes acabó en manos de los físicos de la tortura penitente que trabajaban en el Pabellón de la Tortura. Por último, desestimó tres casos de prostitución y, después, hizo un hueco en la agenda privada del mes a dos de las rameras.

Llegada la hora del almuerzo, Rudolfo había demostrado que la teoría de la seducción compensatoria enunciada por Aetero era decididamente falsa, lo que celebró con un asado de faisán, servido sobre un lecho de arroz integral con champiñones.

Luego, con el estómago lleno, salió a montar, seguido por sus exploradores gitanos, que azuzaron las monturas para evitar perderlo de vista.

Un día espléndido.

—Y ahora ¿qué? —le preguntó el capitán de los exploradores, voceando para que su voz se impusiera al estruendo de los cascos.

—¿Qué dices, Gregoric? —preguntó Rudolfo con una sonrisa.

Gregoric respondió a la sonrisa. Al estirársele la piel, la cicatriz adquirió mayor ferocidad. La bufanda negra que daba fe de su rango ondeaba a su espalda, galoneando el viento.

—Hemos pasado por Glimmerglam, Rudoheim y Friendslip. Diría que la siguiente es Paramo.

—A Paramo, pues. —Rudolfo pensó que sería adecuado. No podía medirse con los encantos de Flimmerglam, pero había conservado durante al menos mil años su pintoresco ambiente de pueblo maderero, lo cual constituía un logro. Depositaban la madera en las aguas del río Rajblood, igual que lo habían hecho siempre, guardando la que necesitaban para construir parte de la obra de carpintería mejor trabajada del mundo. Todos los muebles de madera que decoraban las mansiones de Rudolfo provenían de los árboles de Paramo. Una parte de su copiosa producción de mobiliario acababa en las moradas de reyes, sacerdotes y nobles de las Tierras Conocidas.

Esa noche cenaría venado, escucharía las fanfarronadas y flatulencias de sus mejores hombres y dormiría en el suelo con la silla de montar por almohada. La vida de un rey gitano. Y al día siguiente, sorbería vino helado en el ombligo de alguna bailarina de los campamentos madereros, atento a cómo se mezclaba el canto de las ranas a orillas del río con los gemidos de la joven, y más tarde dormiría en el lecho más blando de la terraza de verano de su tercera mansión del bosque.

Rudolfo sonrió.

Pero la sonrisa se esfumo al doblar un recodo en dirección sur. Tiró de las riendas y bizqueó al sol. Los exploradores gitanos imitaron su ejemplo y silbaron a los caballos a medida que éstos frenaban el paso, se detenían por completo o corcoveaban.

—Dioses —dijo Gregoric—. ¿Qué podría haber causado algo semejante?

En dirección suroeste se alzaba al cielo una lejana columna de humo negro en forma de puño, sobre la línea del horizonte coronada por las copas de los árboles, frontera de los dominios de Rudolfo.

Éste contempló el humo con el estómago encogido. Tan inverosímil era el tamaño de la nube que se desanimó. Cuando fue capaz de pensar con claridad calculó la distancia y la dirección, tomando como referencia el sol y las pocas estrellas que brillaban lo bastante para ser visibles en pleno día.

—Windwir —sentenció sin ser consciente siquiera de lo que decía.

—Sí, general. —Gregoric asintió—. Pero insisto, ¿qué podría causar algo así?

Rudolfo apartó la vista de la nube para volverse hacia el oficial. Conocía a Gregoric desde que ambos eran unos críos, y a los quince años lo había ascendido a capitán de sus exploradores gitanos, cuando Rudolfo apenas había cumplido los doce. Aunque habían vivido mucho juntos, Rudolfo jamás lo había visto tan pálido como en ese momento.

—No tardaremos en averiguarlo —respondió Rudolfo, que acto seguido silbó a los hombres para que se le acercasen—. Quiero jinetes suficientes para volver a todas las casas y reunir a la Hueste Itinerante. Tenemos vínculos con las gentes de Windwir. Sus aves habrán alzado el vuelo. Nos reuniremos en las Estepas Occidentales dentro de un día; en tres días acudiremos en ayuda de Windwir.

—¿Enkantaremos a los exploradores, general?

Rudolfo se atusó la barba.

—Creo que no. —Lo meditó unos instantes—. Pero deberíamos estar preparados —añadió.

Gregoric asintió y dio las órdenes a viva voz.

Cuando los nueve gitanos se alejaron a caballo, Rudolfo saltó de la silla de montar, atento al negro pilar. La columna de humo, ancha como una urbe, se fundía en el cielo.

Rudolfo, señor de las casas del Bosque Nuevepliegues, general de la Hueste Itinerante, tuvo la sensación de que la curiosidad y el temor se deslizaban a lo largo de su columna vertebral convertidos en un escalofrío.

—¿Y si no está ahí cuando llegemos? —se preguntó.

Y a pesar de no quererlo fue consciente de que así sucedería, y que debido a ello el mundo había cambiado.

PETRONUS

Petronus terminó de remendar la red y la estibó a proa del bote. Otra jornada tranquila embarcado, otro día que había resultado poco productivo, aunque se daba por satisfecho.

Esa noche cenaría con los demás en la taberna, comería y bebería demasiado y, al final, se entregaría a las groseras quintillas que lo habían hecho famoso a lo largo y ancho de Bahía Caldas. A Petronus no le importaba lo más mínimo que eso le hubiese hecho famoso. Muchos no tenían ni idea de que fuese posible alcanzar un reconocimiento mayor más allá de su pequeña aldea.

Petronus el pescador había llevado otra vida antes de volver a sus redes y su barca. Antes del día en que escogió poner fin a su vida, Petronus había

vivido una mentira que, a veces, parecía más real que el amor de un niño. Sea como fuere, fue una mentira que lo devoró hasta que fue capaz de enfrentarse a ella y darle la espalda treinta y tres años atrás.

«Treinta y tres dentro de una semana», se corrigió mentalmente con una sonrisa. Hacía tanto que a veces pasaba meses sin recordarlo siquiera. De joven no fue así. Pero cada año, un mes antes del aniversario de su repentina y creativa partida, los recuerdos de Windwir, de su gran biblioteca, de la orden, lo inundaban y se encontraba a sí mismo trabado en su propio pasado como una gaviota en la red.

El sol titilaba en el agua. Observó las olas argénteas relampaguear en los costados de las embarcaciones, tanto las de mayor como las de menor calado. En lo alto se extendía un cielo azul y despejado hasta donde le alcanzaba la mirada, y las aves marinas volaban a gran velocidad dando voz al hambre al caer en picado sobre los pececillos que osaban nadar cerca de la superficie.

Un ave en particular, un martín pescador, llamó su atención y lo siguió con la vista mientras pescaba. Se volvió para ver cómo batía las alas para luego planear, empujado por un viento alto que Petronus no podía ver ni sentir.

Pensó que también a él lo había empujado un viento así y, mientras reflexionaba, de pronto el ave sufrió una sacudida en pleno vuelo cuando el viento finalmente la empujó con fuerza más allá.

Fue entonces cuando Petronus vio la nube que se formaba en el horizonte, al noroeste. No tuvo que recurrir a las matemáticas para calcular la distancia. Tan sólo tardó un instante en saber exactamente qué era y qué significaba.

«Windwir.»

Aturdido, se postró en la barca sin apartar la vista de la torre de humo que se alzaba al noroeste de Bahía Caldu. Estaba lo bastante próxima para distinguir las llamaradas puntuales que arrastraba al girar sobre sí hacia lo alto.

—«Ay, hijos míos, ¿qué habéis hecho para merecer la ira del cielo?»
—susurró Petronus, citando el Primer Evangelio de P'andro Whym.

JIN LI TAM

Jin Li Tam contuvo la risa y permitió al obeso superintendente intentar razonar con ella.

—No es apropiado que la consorte de un rey monte a mujeriegas —dijo Sethbert.

Ella no se molestó en recordarle la sutil diferencia que había entre un

superintendente y un rey. En lugar de ello, se mantuvo fiel al argumento que defendía.

—No pretendo montar a mujeriegas, mi señor.

Jin Li Tam había pasado la mayor parte de la jornada apretujada con el séquito del superintendente en la parte trasera de un carruaje, y estaba harta. Había un ejército de caballos que montar (y sillas también), así que tenía intención de sentir el viento en la cara. Eso por no mencionar que era imposible ver gran cosa desde el interior del carruaje, y era consciente de que su padre le exigiría un informe exhaustivo.

Los interrumpió un capitán, que llevó a Sethbert aparte para susurrarle algo con cierto apremio. Jin Li Tam aprovechó la ocasión que se le ofrecía para ir en busca del caballo adecuado, y también para hacerse una idea más aproximada de lo que sucedía.

Llevaba una semana reparando en los indicios. Aves mensajeras que llegaban y se alejaban, mensajeros embozados que galopaban de un lado a otro a altas horas de la noche. Largas reuniones entre ancianos de uniforme, susurros y voces que, al cabo, volvían a convertirse en susurros. Y el ejército que se había formado a toda prisa, compuesto por brigadas procedentes de todas las ciudades estado, unidas bajo una bandera común. Las tropas se extendían a ambos extremos de Camino de Whym, desbordando la estrecha vía para pisotear los campos y bosques a medida que se desplazaban al norte a marchas forzadas.

Por más vueltas que le daba, no tenía ni idea del porqué. Sin embargo, sabía que los exploradores estaban encantados y, según los ritos del kinclave, eso suponía que Sethbert y las ciudades estado entrolusianas marchaban a la guerra. También sabía que había poca cosa al norte aparte de Windwir, sede de la orden androfracense, y las casas del Bosque Nuevepliegues que Rudolfo regía al noreste. Pero ambos vecinos tenían kinclave con los entrolusianos, y ella no tenía conocimiento de que existieran problemas en esa merecida mediación entrolusiana.

Claro que de un tiempo a esa parte, Sethbert no se había mostrado precisamente racional.

Temblaba sólo de pensarlo, pero había compartido lo suficiente la cama con él para saber que él hablaba en sueños y no descansaba bien, y que era incapaz de estar a la altura de su joven consorte pelirroja; también fumaba más hoja seca de kallabaya, y a ratos se mostraba airado o divagaba con sus oficiales. No obstante, éstos lo seguían, de modo que algo debía de pasar. No poseía el encanto ni el carisma necesarios para mover un ejército por cuenta propia, y era demasiado perezoso para hacerlo mostrándose despiadado, por no mencionar el hecho de que carecía por completo de la habilidad requerida para motivar a las tropas.

—¿Qué estaréis tramando? —se preguntó en voz alta.

—¿Mi señora? —un joven teniente de caballería se dirigió a ella a lomos de una yegua blanca. Llevaba otro caballo cogido de las riendas.

Ella sonrió, cuidando de darse la vuelta de tal modo que él alcanzase a ver lo suficiente de su busto para sentirse recompensado, sin caer en lo impropio.

—¿Teniente?

—El superintendente Sethbert me envía a comunicaros sus mejores deseos y solicita que os reunáis con él. —El joven le tendió las riendas del caballo.

—Doy por sentado que me acompañarás —dijo ella con una aseveración.

—Así me lo ha pedido él. —Y el teniente inclinó la cabeza.

Se subió a la silla, ajustó los pliegues de la falda y calzó los estribos. Volvió el cuerpo y distinguió la larga hilera de soldados que se extendía al frente y a retaguardia de ella. Hincó los talones en el caballo para que emprendiera el paso.

—Pues no hagamos esperar al superintendente.

Sethbert aguardaba en un lugar donde el camino dibujaba una pendiente. Ella vio a los sirvientes que levantaban el pabellón escarlata en el punto más elevado del camino, y se preguntó por qué se detenían allí, en mitad de ninguna parte.

Él la saludó con un gesto al verla acercarse. Lo vio sonrojado, excitado incluso. Le temblaba la papada y el sudor le perlaba la frente.

—Falta poco, falta muy poco —dijo.

Jin miró al cielo. Apenas faltaban cuatro horas para que se pusiese el sol. Le devolvió la mirada y se apeó de la silla.

—¿Falta poco para qué, mi señor?

Mientras, los sirvientes colocaban las sillas, servían el vino y preparaban las fuentes de comida.

—Ah, ya lo veréis —respondió Sethbert, sentando el cuerpo obeso en una silla que protestó bajo el peso.

Jin Li Tam tomó asiento, aceptó el vino y dio un sorbo.

—Ésta es mi mejor hora —aseguró Sethbert, que se volvió para mirarla y acompañó el gesto con un guiño. Daba la impresión de que sus ojos no veían nada, tenía la misma mirada vidriosa que en los momentos de mayor intimidación. Una mirada cuyo lujo Jin quería permitirse también en esos momentos, sin que ello supusiera dejar de espiar para su padre.

—Qué... —pero se interrumpió.

Lejos, más allá de los bosques y más allá del reflejo del Tercer Río, que serpenteaba en dirección norte, la luz relampagueó en el cielo y una pequeña cresta de humo empezó a cubrir el horizonte. La cresta se extendió